

GRABADORES FRANCESES DEL QUIJOTE

Por ENRIQUE VALDIVIESO GONZÁLEZ

En el siglo XIX la figura de Cervantes extendió su fama por Europa y especialmente en Francia. En este sentido, es preciso señalar que dicha fama se basaba fundamentalmente en haber sido el autor del Quijote, ya que el resto de su producción literaria apenas interesó al público en general.

La difusión del Quijote, a través de diferentes ediciones traducidas al francés, conllevó también la ejecución de ilustraciones que acompañaban al texto y que contribuyeron a incrementar la atención de los lectores sobre tan sugestiva obra. En una edición parisina del Quijote de 1832, fueron tan sólo doce láminas las que se intercalaron en el texto, y en otra de 1862 aparecieron veintiocho imágenes. Finalmente, en 1863 se llevó a cabo una grandiosa edición con ilustraciones de Gustavo Doré que incluyó trescientas setenta, unas a página entera y otras a formatos más reducidos. Esta edición consagró tanto a Cervantes como a Don Quijote, ya que las imágenes de Doré traducen de forma admirable y sorprendente la mayoría de los episodios de la novela, cautivando la atención de los lectores y siendo la causa de que de ella se vendiesen miles de ejemplares.

En sus ilustraciones, Doré muestra una prodigiosa técnica

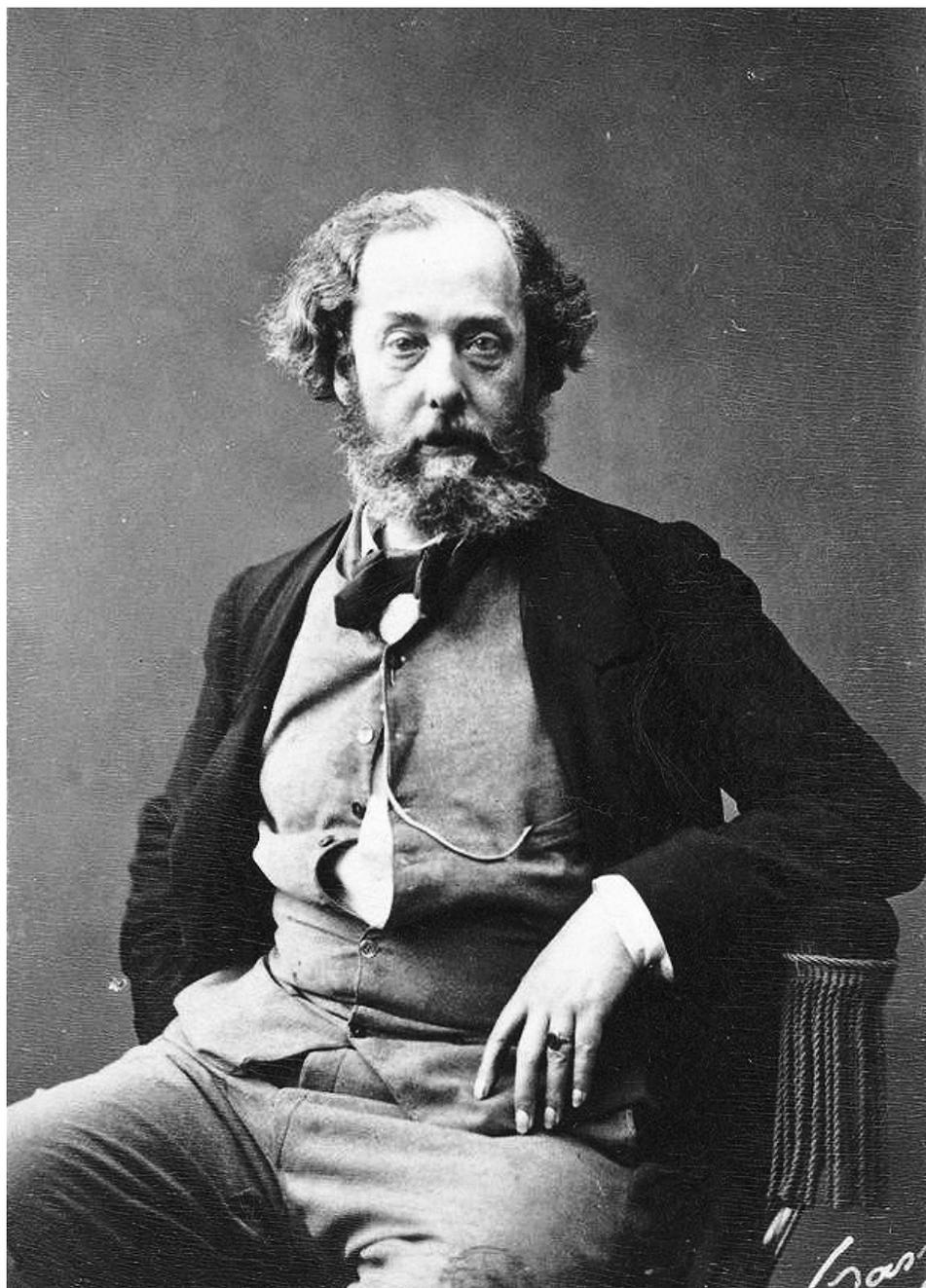
como grabador en las que pudo reflejar su profunda admiración por el texto cervantino y también su condición de entusiasmado hispanófilo. En sus grabados reflejó su arrebatada imaginación y una ilimitada fantasía, utilizando sorprendentes efectos de luz que magnifican los ámbitos geográficos por los cuales transitaba don Quijote. Evidentemente, impera en todos ellos un apasionado sentido romántico con el que Doré subraya de manera excepcional la locura del héroe defensor de los desvalidos e inocentes a los que inútilmente pretendió defender, y también el ensoñado amor que sintió por la rústica dama de sus sueños a la cual otorgó una belleza sin límites dentro de su imaginación.

Al tiempo que Doré, hubo en Francia otro excepcional intérprete gráfico del Quijote que es quien justifica la redacción de las presentes líneas con motivo de la disertación que ofrecí en la Academia de Buenas Letras Sevillanas el primero de abril. Dicha disertación estuvo motivada en el hecho de mi donación a esta Academia de cuatro magníficas litografías en las que se representan a *Cervantes, don Quijote, Sancho Panza y Dulcinea*, obras pertenecientes al grabador francés Celestín Nanteuil (1813–1873), artista poco conocido actualmente en España pero que en su día llegó a ser en Francia parangonado con Doré.

La formación de Nanteuil (fig. 1) se realizó en París a partir de 1829 donde, desde joven, se especializó en la realización de grabados a los que acertó a aplicar un temperamento y un sentido de la vida puramente romántico. Fue amigo de Victor Hugo y también mantuvo excelentes relaciones con Theophile Gautier, de quien recibió siempre apoyo y aliento en su labor creativa. Tanto sus aguafuertes como sus litografías reflejan un talento expresivo poco común que siempre fue valorado y comprendido por sus contemporáneos. Su productividad fue muy prolífica ya que se ha señalado que alcanzó a realizar unas cinco mil imágenes, la mayoría de ellas dedicadas a ilustrar libros.

Los trabajos de Nanteuil llamaron la atención en España a varios impresores, especialmente al madrileño J. J. Martínez quien recurrió a él, al no encontrar buenos grabadores en nuestro país para ilustrar los textos de las novelas que editaba.

El primer contacto que tuvo Nanteuil con el Quijote de Cervantes se había producido en 1845 cuando realizó, en colaboración



Nadar, Retrato fotográfico de Celestin Nanteuil

con otros grabadores, varias imágenes de una edición que se realizó en París en dicho año. En esos momentos prendió en él un intenso entusiasmo por la cultura española y en poco tiempo se convirtió en un apasionado hispanófilo, por ello cuando en 1855 J. J. Martínez le propuso la ejecución de doce litografías con temas procedentes del Quijote aceptó el encargo con gran complacencia, ya que una vez más se le ofrecía la posibilidad de recrear episodios en los que ideales como la justicia, la libertad y el amor impregnan los empeños de este enajenado personaje, que vio cómo sus intentos se traducían siempre en la recepción de burlas, insultos y golpes.

Los doce grabados que realizó Nanteuil presentan primero, como ya hemos señalado, a *Miguel de Cervantes, Don Quijote, Sancho Panza y Dulcinea*, narrando los otros ocho los principales trances y peripecias más significativas del texto cervantino. Sobre estos cuatro grabados que precedían al resto de la serie, propiedad ahora de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla, es necesario señalar que aunque ejemplares de los mismos se han expuesto en varias ocasiones, no se han realizado comentarios de ellos en los catálogos, donde no figuran más que detalles técnicos sobre los mismos, indicándose sus medidas (30 x 21 cm) y mencionándose en la parte inferior la identidad del litógrafo que las imprimió en Madrid que, como hemos señalado, fue J. J. Martínez; también consta al pie de cada una de las imágenes el nombre de las mismas. No se conoce, por lo tanto, ninguna descripción y valoración estética de cada una de estas láminas, por lo que nos permitimos aquí consignar las sugerencias que su contemplación nos ha producido a lo largo de los años en que fuimos su propietario.

Con respecto a la imagen de *Cervantes* (fig. 2), es necesario indicar que quizás sea una de las representaciones más nobles y dignas que nunca se hayan realizado de él y que, a pesar de ser imaginaria, se acerca mucho a la descripción física que el propio escritor hizo de sí mismo. Por supuesto, posee mucha mayor prestancia que el conocido retrato de principios del siglo XVII, que se atribuye a Jáuregui y que parece ser, también, totalmente imaginario.

Don Miguel aparece en esta litografía descrito de tres cuartos en su anatomía, con el cuerpo ligeramente vuelto a la derecha, mostrando en su semblante una expresión concentrada y serena, quizás un tanto ausente. Viste con camisa blanca, chaleco, calzón y capa,

todo ello de modesta hechura, pero llevado con una señalada dignidad. Su mano izquierda se apoya sobre la empuñadura de la espada que lleva colgada al cinto y con la derecha sostiene un pergamino enrollado, donde se leen las palabras “Don Quijote”. De esta manera, Nanteuil homenajea con gran solemnidad el pasado militar que Cervantes había tenido y, al mismo tiempo, su condición de insigne escritor. Al fondo de la imagen, y suavemente dibujado, un ángel extiende su brazo, colocando su mano sobre su cabeza en señal de transmitirle la inspiración para escribir una de las más admirables obras de la Historia. Esta figura es, sin duda, una musa que, probablemente, será Calíope, inspiradora de poetas y literatos.

Con respecto al grabado que reproduce a *Don Quijote* (fig. 3), podemos observar que también es una de las más acertadas versiones que en el mundo gráfico se han producido sobre tan célebre personaje literario. Nanteuil nos muestra a un vetusto y flaco personaje, lanza en ristre y a lomos de Rocinante, su famélico caballo. Con su actitud evidencia encontrarse dispuesto a desempeñar su misión de redentor de los desfavorecidos y sin apercibirse de sus limitadas facultades físicas y su trastorno mental. Por ello, su rostro es el de un personaje alucinado y enloquecido, que muestra la firmeza de su ánimo y la esperanza ilimitada de cumplir con eficiencia la misión que él mismo se había encomendado. Lleva armadura de caballero, la espada al cinto y su capa recogida en los lomos de su rocín. A sus espaldas aparece un pilar, sobre el que está incrustado un escudo pétreo, en cuyos cuatro cuarteles aparecen relieves que describen algunos de los más famosos episodios que protagonizó. Sobre el escudo se encuentra grabado un corazón atravesado por una flecha, como símbolo del amor que siempre profesó por su amada Dulcinea del Toboso, cuyo nombre aparece también allí grabado.

Espléndidamente resuelta, se encuentra la representación de *Sancho Panza* (fig. 4), puesto que aparece perfectamente caracterizado según las numerosas descripciones físicas y espirituales que de él realiza el texto cervantino. Por ello, aparece sentado al borde de un camino, abrazando con satisfacción el cuello de su Rucio, y mostrando una expresión de rebosante contento. En su entorno, figuran elementos imprescindibles para subrayar su obsesión por obtener su cotidiana pitanza, advirtiéndose por ello, aparte de sus alforjas, la presencia de unos panecillos y una garrafa de cristal, que sin duda

contiene vino. También a la izquierda de la escena, parece una corona como símbolo de sus aspiraciones de gobierno en la isla Barataria, episodio en el que se configuró una de las más brutales y crueles burlas que pueden hacerse a un ser humano.

Cierra el ciclo de estas cuatro litografías, la que Nanteuil dedica a *Dulcinea del Toboso* (fig. 5), la dama que presidía los sueños de Don Quijote, y que a lo largo de todo el texto cervantino dedica elogios y alabanzas de su infinita belleza y donosura. En el grabado, Dulcinea aparece, sin embargo, tal y como fue en realidad, y por lo tanto se la describe de forma prosaica como una lozana y vigorosa moza que en el corral atiende a sus gallinas provista de un enorme cedazo. Lleva una blanca y arrugada blusa que deja ver su hombro desnudo y sonríe satisfecha por la labor doméstica que está ejecutando, que subraya su condición de campesina que trabaja sin descanso para conseguir su sustento.

Con este cuarto personaje se cierra el conjunto de grabados realizados por Nanteuil en los cuales se rinde un entusiasmado homenaje tanto a Cervantes como a los tres principales héroes de su inmortal Quijote.

Como complemento de la rendida admiración que Nanteuil profesó al texto cervantino, podemos recordar que este artista, en 1873, un año antes de morir, realizó un lienzo al óleo en el que se representa *La lectura de Don Quijote*, obra en la que, en nuestra opinión, plasmó la mejor descripción pictórica que nunca se haya realizado de este tema (fig. 6). Dicha obra, que se conserva en el Museo de Bellas Artes de Dijon, Nanteuil captó de forma magistral la expresión corporal de un Don Quijote desencajado y demente, embebido en la lectura de los libros de caballería. Al mismo tiempo, manifiesta estar contagiado del espíritu belicoso que contenían las hazañas de los protagonistas de dichos libros, y el contagio alucinado de protagonizar hazañas similares. Por ello, Don Quijote, en el momento de leer los textos, blande su espada con aparato, dispuesto a atacar a imaginarios y perversos mandrines para defender a alguna inocente criatura. Existe una tradición de que Nanteuil quiso describir los rasgos de su propio rostro en el semblante de Don Quijote, lo que no es del todo inverosímil cuando se le compara con el magnífico retrato fotográfico que de él realizó el célebre Nadar, que en realidad se llamaba Gaspard-Félix Tournachon.



MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

*Nanteuil, Grabado de Miguel de Cervantes
Sevilla, Real Academia de Buenas Letras*



*Nanteuil, Grabado de Don Quijote
Sevilla, Real Academia de Buenas Letras*



*Nanteuil, Grabado de Sancho Panza
Sevilla, Real Academia de Buenas Letras*



*Nanteuil, Grabado de Dulcinea
Sevilla, Real Academia de Buenas Letras*



*Nanteuil, La lectura de Don Quijote
Museo de Bellas Artes de Dijon*

